Estructura social e implicaciones políticas

Nuestro trabajo debe progresar en el sentido que los sectores medios comprendan que sus intereses sustanciales son opuestos a los de la derecha... el objetivo debe ser reducir la derecha al apoyo exclusivo de los sectores oligárquicos y latifundistas...

(Del informe del PDC sobre »Una vía no capitalista del desarrollo«, 1967.)

...Proletariado y clase media forman parte de la clase trabajadora. O sea, sus componentes son asalariados. Mientras que la fuerza de trabajo del obrero se incorpora en bienes materiales, la del empleado o profesional, por ejemplo, lo hace en bienes inmateriales o servicios. En consecuencia sus intereses objetivos son semejantes, pues tanto los del obrero como los del empleado se contraponen con los intereses del empresario o capitalista que, en su afán de ganancia o lucro, trata de reducir el costo o remuneración del trabajo. Por tanto, la clase media no está colocada *entre* el capital y el trabajo, sino que forma parte de este último y soporta todos los rigores del sistema capitalista.

(A. BALTRA, *Punto Final*, N° 21, enero de 1967.)

Las fuerzas motrices de la revolución en América Latina son la clase obrera, los campesinos..., los estudiantes, las capas medias y algunos sectores de la burguesía nacional. Entre estas fuerzas hay contradicciones, primando, sin embargo, el interés común en la lucha contra el imperialismo y las oligarquías.

(L. CORVALÁN, secretario general del Partido Comunista, *El Siglo*, 2 de julio de 1967.)

CRITICA DE UNA TESIS TRADICIONAL

Las tesis del epígrafe son, en sus términos generales, compartidas por casi todos los grupos no derechistas. Podrían encontrarse excepciones entre los socialistas y los afiliados a la izquierda más jacobina, pero en estos

casos parece claro que no se ha llegado a un esquema social alternativo bien definido. El llamado »frente de trabajadores«, por ejemplo, apenas sugiere otra modalidad de »corte horizontal«, que dejaría fuera de una coalición popular a un fragmento no escarmentado de la clase o grupos medios. Algo similar ocurre con quienes se pronuncian por la »línea cubana«, bien perfilada en sus aspectos tácticos en los escritos de Debray, pero cuyas exigencias e implicaciones sociológicas y políticas generales todavía reclaman una formulación correspondiente y satisfactoria.

El propósito de estas líneas es intentar un análisis crítico de la tesis reproducida, que, a nuestro juicio, está »pasada de moda«, no se compadece con los cambios experimentados por la estructura económica y la social en los últimos decenios y constituye, a la postre, una rémora para dilucidar la estrategia y tácticas adecuadas del movimiento popular en éste y en otros países latinoamericanos de nivel de desarrollo semejante.

RAICES HISTORICAS DE LA TESIS

Parece evidente que la proposición discutida se deriva de la visión original marxista sobre la dicotomía fundamental de una sociedad capitalista, esto es, la división entre »explotados« y »explotadores«, determinada en lo esencial por la ubicación respecto a la propiedad de los medios de producción y, en consecuencia, del origen de sus ingresos: la plusvalía o la fuerza de trabajo. Claro está que ese enfoque no ignoraba la existencia de otros grupos »intermedios« (pequeños propietarios agrícolas, empresarios independientes; la »pequeña burguesía«, en general), pero, o los consideraba secundarios en relación a las categorías y antagonismos centrales, o suponía que, con el tiempo, tenderían a »proletarizarse«.

En su línea gruesa, y desde un ángulo estrictamente económico, el desenvolvimiento del capitalismo en los países centrales no desautorizó la perspectiva marxista. La concentración empresarial ha acelerado su marcha; los propietarios independientes han disminuido absoluta o/y relativamente; la difusión del dominio de los medios de producción no tuvo lugar, como alguna vez se sostuvo en el folklore del »capitalismo popular«.

Sin embargo, en el plano sociológico, no aconteció la polarización que debía o podía haber sido la contrapartida del fenómeno anterior. Lejos de eso. Por un lado, *nuevos* grupos intermedios, prohijados por el mismo desarrollo capitalista, crecieron más rápidamente que cualquier otra fracción del cuerpo social. Por el otro, en lugar de agudizarse el conflicto entre proletarios y propietarios, explotados y explotadores, segmentos más o menos importantes de la clase obrera se »conservadurizaron« al nivel político y redujeron su antagonismo al plano de la mera disputa por la distribución del ingreso. Ni siquiera países con fuertes contingentes comunistas, como Francia e Italia, son una excepción al respecto, aunque esto no significa que se trata de un fenómeno definitivo o irreversible.

En la práctica, pues, y parafraseando un aforismo marxista bien conocido, hechos de la »existencia social« no se reflejaron en la »conciencia social« según la forma prevista. Aunque asalariados en cuanto a la ubicación económica en la comunidad, amplios grupos se plegaron al *statu quo* en lugar de enfrentarse con él.

No es el momento de examinar el asunto, que incide, sin duda, sobre uno de los campos más provocativos y menos explorados del enfoque marxista: el de las relaciones entre »infra« y »super« estructura. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que ciertas categorías generales —como las de »asalariados« y »capitalistas«, o »explotados« y »explotadores«—, seguramente útiles para una

vivisección de la economía capitalista en un alto nivel de abstracción, no lo son tanto cuando se trata de analizar la composición social o de clases en un plano más concreto y en relación a otros propósitos o interrogaciones que los relacionados con, digamos, la generación de la plusvalía. En otras palabras, la significación explicativa y operativa de la referencia exclusiva o dominante a dos únicos conglomerados, »los que viven del capital y los que viven del trabajo«, es bastante limitada cuando se quieren desentrañar otros problemas, a menudo vitales, como ser el comportamiento político de quienes »viven del trabajo«.

La cuestión no suscita mucho debate en lo que respecta a las comunidades capitalistas desarrolladas y esto por las razones que se expusieron antes, pero quizás no ocurra lo mismo cuando se tiene a la vista la estructura social de países subdesarrollados, como lo sugieren las citas reproducidas al comienzo. Conviene, por lo tanto, analizar de qué modo se ha planteado el asunto en la evolución chilena.

EL CASO CHILENO

La sociedad chilena de los albores de la Independencia es meridianamente dicotómica. »Arriba« o »encima« hay una pequeña cúpula de terratenientes y pocos a láteres urbanos; »debajo«, la gran masa laboriosa, constituida en un ochenta o más por ciento por campesinos sometidos a relaciones con fuertes vestigios señoriales. El estrato medio, primordialmente urbano, es pequeño y sin mayor gravitación, como lo es, todavía, en algunos de los países más rezagados de América Latina.

El crecimiento »hacia afuera«, la entrada plena al modelo primario-exportador, modificó sustancialmente tanto la estructura productiva como la social. Varios movimientos o cambios principales son discernibles. Uno de ellos es en el sentido »horizontal« y se caracteriza

por el desplazamiento rural-urbano-minero, que involucra una diversificación del universo asalariado. Va disminuyendo progresivamente la representación de los trabajadores del campo y acrecentándose la del artesanado urbano, los operarios del trasporte (portuarios, ferroviarios), y sobre todo, el proletariado minero (carbón, cobre, plata, salitre). »Encima« sucede algo similar; en el núcleo dominante, afincado de preferencia en el dominio de la tierra, comienzan a hacerse presentes otros miembros: empresarios mineros, comerciantes ligados al tráfico exterior y en menor medida al interno, »financistas«, un incipiente empresariado manufacturero (de escaso peso en el *establishment* oligárquico), profesionales, altos funcionarios y empleados, etcétera. Estos nuevos socios, en gran medida, provienen de los clanes tradicionales, pero no pocos han llegado del extranjero y algunos han partido »desde abajo«. Hay, pues, en este último aspecto del proceso, alguna manifestación de movilidad »vertical«.

Sin embargo, el más representativo de los cambios en el sentido vertical es el que redundó en el incremento y diversificación de los grupos intermedios. En parte, este fenómeno es la consecuencia directa de la dilatación del sistema económico y de la creciente urbanización, que exigen nuevas tareas y funciones »no manuales«. Pero en Chile, con acento muy especial, resalta otro factor básico: el crecimiento y la dimensión absoluta del aparato público. Siendo extranjeros, en lo principal, los dueños del sector exportador (cosa que no sucede en otros países, como, por ejemplo, los sudamericanos del Atlántico), compete a los gobiernos sustraer y repartir una cuota importante del excedente creado en esa área de mayor productividad. De este modo se establece un patrón peculiar de ocupación e ingresos, en el que una buena parte de los directa o indirectamente adscritos al gasto fiscal pasa a ampliar el estrato o clase media.

Este bosquejo tosco de lo sucedido más o menos hasta la tercera década de este siglo exige algunas precisiones.

Desde luego, conviene dejar en claro que la preseñalada diversificación del núcleo dominante no implicó, como han creído algunos historiadores, la aparición de una burguesía »a la europea« destinada a enfrentarse con la oligarquía tradicional. Los nuevos miembros del club rector podían estar »fuera« socialmente y ser ajenos (»siúticos«, o de »medio pelo«) a las »cincuenta familias«. Sin embargo, y aparte del hecho que muchos »cambiaban de pelo« en el proceso, la verdad es que antiguos y nuevos componentes del esquema oligárquico estaban comprometidos e identificados con la economía primario-exportadora. No hubo, pues, conflicto sustancial entre »terratenientes feudales« y capitalistas o »burguesía nacional«. El dinamismo del sector exportador hasta la Primera Guerra Mundial sirvió para disolver los roces y mantener la solidaridad básica de la clase propietaria y sus acólitos[1].

También es útil, por lo que se dirá más adelante, extender este análisis a la aparición del Partido Radical, que habitualmente se asocia con el desarrollo de la »clase media«. En los hechos, su ficha de nacimiento sociológica es bastante más compleja.

Hay tres vertientes muy nítidas en el origen y la evolución de los radicales. Una es la asentada en el complejo minero-agrícola del Norte Chico; la segunda, aquella que proviene de las actividades agrícola-urbanas situadas al sur de la zona céntrica tradicional, en suma, de Chillán-Concepción hacia el sur; la tercera, el contingente »pequeño burgués« que se radica y crece de preferencia en los mayores núcleos urbanos, vinculado al sector pú-

[1]Sobre este asunto, véase del autor, *Chile, un caso de desarrollo frustrado, ob. cit.*

blico, a los servicios de »cuello blanco« y a las profesiones liberales.

Las dos primeras fuentes constituyeron, en lo principal, extensiones del sistema oligárquico, diferenciadas socialmente, hasta cierto punto, pero solidarias, como se anotó antes, con el modelo económico. De allí que las luchas entre las facciones dominantes se dieran al nivel de las querellas religiosas e institucionales y no en el plano de las políticas económicas. En este último, y a pesar de los matices, todos comulgaban, y a menudo los »progresistas« resultaron más retardatarios y »alienados« que los propios pelucones.

El otro segmento, el »pequeño burgués«, aunque hipotéticamente distinto y hasta antagónico con las dos primeras bases sociales del partido, en la práctica fue la »carne de cañón« del movimiento y sólo vendrá a adquirir alguna gravitación mucho tiempo después, aunque nunca llegue a tomar el timón. De todos modos, salvo la trizadura que lleva a la formación del Partido Demócrata, la composición heterogénea no es obstáculo para que se mantenga la unidad partidaria. ¿Cuáles son los intereses comunes que se sobreponen a las diferencias tan visibles entre esos grupos? Es difícil encontrar respuestas satisfactorias, pero la especulación no es ociosa porque el problema sigue planteándose después. Una hipótesis podría ser que la »masa« radical, aunque sin acceso efectivo al poder, veía en la máquina del Partido un canal de promoción social y económica; un instrumento relativamente eficaz para sustraer del sistema las migajas de la dilatación exportadora. Otra, y complementaria de la anterior, es que la contradicción interna era sobrepasada por la »externa«, esto es, la que oponía al radicalismo como un todo con el orden constituido tradicional, aunque tampoco esta segunda, por lo dicho antes, revestía un carácter antagónico.

Para cerrar esta parte es necesario dar una ojeada sumaria a las proyecciones del cambio en la estructura social sobre el ejercicio político.

PROYECCIONES POLITICAS

Los perfiles y momentos claves son manifiestos. En una primera fase es casi completo el predominio de la »vieja« oligarquía, tanto más cuanto Portales consigue imponer la tutela del poder civil sobre el aparato y los caudillos militares. En una segunda, que corresponde a la diversificación antes comentada del grupo rector, el monolitismo del poder »pelucón« deja paso a las combinaciones y querellas intestinas de lo que Edwards llamó »la fronda aristocrática«. En una tercera, ya hacia fines del siglo pasado, la disgregación oligárquica lleva a algunas facciones a entenderse con el emergente radicalismo, que deviene otro de los engranajes del esquema político. En una cuarta, las dislocaciones económicas que acompañan y siguen a la Primera Guerra Mundial hacen ingresar por primera vez, como un factor significativo en el juego político, a la masa popular y a la clase obrera. A éstas corresponde darle soporte electoral al »reformismo derechista« que representan la filial alessandrista de la oligarquía y el radicalismo. En una quinta, y tras la fugaz reversión que significa la caída de Arturo Alessandri, la incorporación de las Fuerzas Armadas, a través de Ibáñez, consuma el desplazamiento del clan tradicional desde su posición-eje en el cuadro político. Es cierto que la segunda administración Alessandri vuelve atrás el reloj, pero se trata apenas del »canto del cisne«, que será cancelado por los acontecimientos de 1938 (antifascismo, Frente Popular, Segunda Guerra Mundial) y por la cristalización de un nuevo sistema de poder, más afín con las transformaciones de las estructuras económica y social que han tenido lugar.

¿Qué ocurrió, en lo sustancial? Que el edificio social construido sobre la hipoteca y la prosperidad del salitre había entrado en crisis. En un primer momento, común en varios países latinoamericanos, el terremoto conmovió hasta los cimientos del esquema tradicional, y en Chile hasta tuvimos una »república socialista« de cien días. Pero a poco correr, en tanto que en unos países se restableció la situación pretérita, en otros (en general los más grandes y de mayor desarrollo relativo) se enderezó hacia una diversificación de la estructura productiva, la llamada »industrialización sustitutiva«, sobre la cual se ha escrito y discutido lo suficiente como para ahorrar mayor comentario.

Lo que sí nos interesa destacar es que esos cambios en el sustrato económico trajeron de la mano otros bien notorios en el cuerpo social. Su sentido fundamental fue una »recomposición« de todos los estratos: del propietario, de los medios y de los trabajadores. Respecto al primero, la pérdida de importancia relativa de los terratenientes u oligarquía tradicional y de la burguesía »consular« va acompañada de un mayor peso, y al final, del predominio de los propietarios-empresarios ligados a la industrialización, la casta »ejecutiva«, la tecnocracia privada y pública. En los grupos medios, el típico »pequeño burgués«, miniempresario, o al servicio del gobierno o de los negocios enanos de la economía primario-exportadora, cede el lugar de preeminencia al empleado »moderno«, más calificado e »incorporado« a negocios privados o públicos de mayor dimensión. Y en los estratos obreros entra a perfilarse con particular relieve el trabajador de las nuevas industrias, tanto particulares como estatales, que tiende a diferenciarse progresivamente tanto del grueso del proletariado rural como de los obreros de las actividades »tradicionales«.

Llama la atención que esta »recomposición« de la estructura social y clasista chilena, que ya tiene más de

treinta años en proceso, haya sido tenida tan poco en cuenta en los análisis político-partidarios, que habitualmente, como ya se vio, continúan apegados a los viejos esquemas dicotómicos de la sociedad »tradicional«: oligarquía y el resto, o, a lo más, agregan otro segmento, la burguesía »nacional«.

A objeto de seguir y precisar en algún grado dicha diferenciación de la estructura social, tomaremos como punto de referencia las situaciones en materia de niveles y distribución del ingreso, conscientes, claro está, de las insuficiencias de ese enfoque:

Para una primera aproximación nos colocaremos en la perspectiva tradicional de una estratificación horizontal, con tres grandes universos, aglutinados según sus niveles de ingreso, conforme se hizo en un estudio de la CEPAL[2]. En el superior se encontraría el primer 5% de las personas »activas« o receptoras de rentas; en el medio, a las que constituyen el 45% siguiente; en el bajo, a las que componen el restante 50%[3].

Sin embargo, para tener una visión más ajustada, se tratará de desglosar esos estratos. Y para el efecto, en lugar de imaginar esos cortes horizontales, proponemos que se piense en una serie de círculos concéntricos, lo cual, como se verá en el análisis, contribuye a dar una mejor perspectiva de la estructura social y de las relaciones entre sus partes principales.

EL NUCLEO CENTRAL DOMINANTE

En el »centro« del sistema (o si se quiere, »encima« de la pirámide social) se encuentra sin duda aquel 5% de los

[2] CEPAL, *El desarrollo de América Latina en la postguerra*, 1963.

[3] El total de activos podría estimarse en alrededor de 2.800.000 personas, para 1968. Siendo el grupo familiar generalmente más numeroso en el estrato bajo, es probable que por cada activo haya un mayor número de dependientes, lo cual haría aún más desfavorables las relaciones que se exponen más adelante.

llamados activos, que concentra una parte sustancial de la riqueza y los ingresos. Para muestra, un botón, citado por una fuente insospechable: apenas un 3% de los precios agrícolas representa un 62% del valor total de los mismos; un 25% de las propiedades urbanas cubriría el 60% del valor global (datos de una muestra para parte de Santiago) y un 1% de los accionistas de sociedades anónimas posee el 46% del valor total de sus títulos[4]. Desde el ángulo del ingreso, la renta media en ese grupo sería alrededor de cinco veces mayor que la del conjunto y más de dieciséis veces superior a la del estrato inferior. Aunque impresionantes, es útil tener presente que esas cifras no son de ninguna manera excepcionales en América Latina. En verdad, la concentración del ingreso en ese núcleo es aún más pronunciada en otros países de la región[5].

Ahora bien, ¿quiénes forman ese 5% privilegiado? La respuesta consabida sería que allí militan los »oligarcas y terratenientes«.

Aquí, a nuestro juicio, yace el primer error del diagnóstico convencional, que proyecta en el presente una realidad del pasado. En el curso de estos decenios, en el corazón del »propietariado«, la cúpula oligárquica ha pasado a constituir una minoría y el grueso de su contingente está formado por empresarios y a láteres vinculados a la industria, al comercio, a las finanzas y a las profesiones mejor remuneradas. Para fundamentar esta afirmación basta tener en cuenta el obvio hecho económico de la nueva ponderación de los sectores productivos, cuyo dato más notorio es la menor cuota de la agricultura tradicional. La contraseña para entrar en el nuevo »Club de la Unión« no son las hectáreas ni el ape-

[4]Véase artículo de Sergio Molina, en *Revista de Economía*, Universidad de Chile, N° 79.

[5]Véase sobre este tema, del autor, *Chile, una economía difícil*, Fondo de Cultura Económica, México.

llido vinoso: es el dinero. Desde este ángulo, pues, más que hablar de oligarquía, debería hablarse de plutocracia.

Hay otra circunstancia primordial que considerar. Como en el pasado, aunque no por las mismas razones, se ha gestado una casi completa solidaridad entre los integrantes del núcleo dominante. Lo que podía desunirlos y oponerlos, y que sirvió para tantas especulaciones sobre la »burguesía nacional«, ha sido sobrepasado por lo que los acerca y estrecha sus filas: la contradicción con los »de abajo« y la afinidad en el plano exterior, esto es, sus variados lazos con los intereses y la reacción extranjeros.

Por estas razones, algunas consignas socorridas y aparentemente tan meridianas como las de »antioligarquía y antimperialismo« resultan bastante más discutibles e inactuales de lo que se supone. Primero, porque los detentadores del poder y los privilegios abarcan un área social bastante más amplia que la del ruedo »oligárquico« (y que se extiende aún más si se toman en consideración otros núcleos satélites a los que se aludirá después). En segundo lugar, porque la noción implícita de que *solamente* la »oligarquía« sería proimperialista, pasa por alto el compromiso evidente de grupos y estamentos muy variados con diversas manifestaciones de la dependencia, incluso, no se olvide, del propio medio asalariado.

DISCRIMINACION EN EL GRUPO INTERMEDIO

En un segundo gran círculo, que habrá que fragmentar más adelante, se encontraría el »grupo intermedio«, compuesto por el siguiente 45% de los perceptores de rentas. En su conjunto, este estrato tendría un ingreso de más o menos un 30% superior al del promedio nacional y *alrededor de cuatro veces superior al del 50% de activos colocados en el área inferior.*

Para ciertas concepciones añejas, cuyo origen se expuso al comienzo de este trabajo, ese grupo intermedio estaría »aplastado« por el segmento plutocrático, sin otro destino que el de irse proletarizando. Durante los últimos tiempos esa especie ha sido reeditada por los jeremías declarando una supuesta »pauperización« de esa clase por medio de castigos tributarios y otros expedientes.

Estas quejas llegan a ser pintorescas si se tienen a la vista hechos por demás evidentes. Piénsese por un momento: ¿quiénes son los que, en gran proporción, han ampliado el acogedor oriente de Santiago, se han incorporado a los consumos duraderos o »pesados« (desde la »citroneta« que ya ha sido desplazada por automóviles más caros, o el televisor, hasta la batería de artefactos domésticos) y además engordan la sacrificada fila del primer exportador de turistas de América Latina? ¿La sola oligarquía? ¿Unicamente la plutocracia? No, por cierto; éstas no dan para tanto. Ellas, sin duda, componen la vanguardia del consumo calificado, pero éste no se habría extendido como ha ocurrido sin una buena retaguardia; y ésta se encuentra representada por un segmento importante de la »clase media«.

Por eso hay que ir más allá, hacia la identificación de algunos subgrupos en el sector intermedio. Como hipótesis de trabajo podrían distinguirse por lo menos tres, que denominaremos convencionalmente »alta«, »media« y »baja« clase media. En términos generales, y diferenciándose del »propietariado«, es probable que este sector, en su conjunto, derive de su fuerza de trabajo una altísima proporción de su renta y no del dominio sobre medios de producción[6]. Sin embargo, esta característica pierde significado social (y político) ante

[6] Aunque, sí, cuenta con una parte significativa de otros tipos de »capital no reproductivo«: viviendas, automóviles, artefactos, etc.

los contrastes manifiestos en los niveles de ingresos, en la »colocación social«, en su mayor acceso al sistema de privilegios, en su sicología, actitudes y valores, con respecto a la »base« popular.

Siguiendo esta perspectiva podría conjeturarse que la fracción superior, de hecho, por »modo de vida« y demás indicadores, está »adherida« al núcleo plutocrático y, en lo sustancial, constituye una parte del mismo. Siempre, como una hipótesis muy grosera, es posible suponer que ella representa alrededor del 10% de los activos. De este modo, el »centro« (o la cúspide) pasa a englobar el 15% del total y no solamente el 5 por ciento.

El otro »círculo« o subgrupo, la denominada »media clase media«, que podría abarcar otro 15% a juzgar por los precarios datos disponibles, estaría todavía bastante por encima del ingreso medio nacional; en cambio, el último subgrupo intermedio (el siguiente 20%) tendría probablemente un ingreso por persona alrededor de ese nivel.

¿Quiénes componen estos estamentos?

Aunque, insistimos, no hay datos precisos al respecto, bien puede aventurarse una »especulación razonable« basada en los antecedentes fragmentarios de los cuales se dispone.

Parece evidente que el primer subgrupo está constituido en lo principal por medianos y pequeños empresarios, en su mayoría urbanos, y por profesionales y empleados ajenos a las funciones mejor retribuidas. Aparte de las diferencias en niveles de ingreso, tenemos la impresión que el contraste primordial entre la »media clase media« y la »baja clase media« reside en sus distintas »oportunidades de ascenso«, sean éstas objetivas o imaginadas. En otras palabras, mientras el primer estrato, tanto por sus niveles de ingreso como por su ubicación social, se siente »en tránsito« hacia posicio-

nes más favorables y emparentadas con los núcleos privilegiados, el otro subgrupo (la »baja clase media«) se encuentra no sólo en una situación absoluta inferior sino también con un horizonte mucho más cerrado para un mejoramiento »vertical«; o, si se quiere, amenazado por una eventual pérdida o deterioro de su *status*. En este subgrupo seguramente prevalecen los empleados de baja categoría, los pequeños propietarios y empresarios (principalmente rurales) y una parte difícil de estimar de los trabajadores calificados o mejor organizados.

EL ESTRATO »BAJO« Y SUS COMPONENTES

Veamos ahora el estrato »bajo«, que constituye, nótese bien, el 50% de los perceptores de ingresos. Se lo podría llamar »popular«, ya que sería bien difícil rotularlo como »clase obrera« según la vieja usanza. Desde luego, poco tiene que ver ahora con aquella »masa informe« de la cual se hablaba hace un siglo. Lejos de eso; aunque identificada por su condición postergada respecto a otros grupos y porque, en su gran mayoría, está constituida por trabajadores »manuales«, ha llegado a diferenciarse internamente en un grado considerable. De todos modos, antes de entrar a este aspecto, parece útil tener una visión del conjunto.

Como tal, *el estrato popular tendría un ingreso medio que no llega a ser la tercera parte del promedio nacional, la cuarta parte del grupo »intermedio« y el 7% de la renta promedio del núcleo superior.*

Pero no termina aquí la historia. En el caso de esta capa sumergida, el estudio citado pudo realizar un desglose menos hipotético de sus componentes y señaló así que el 32% de los activos que reciben las menores rentas, el último círculo percibido del universo, dispone apenas del 5,6% del ingreso nacional y tiene una retri-

bución por persona que no alcanza a la quinta parte de la renta media nacional. Son los verdaderos »condenados de la tierra« y su situación es más desventajosa que la que registran grupos similares en países de más bajo ingreso, como México o Venezuela. Si se consideran sus familias, como ya se advirtió, probablemente más numerosas que las del promedio, su cuota en la población sería mayor que aquel tercio.

Desde otro ángulo, menos global, intentemos discernir algunos subgrupos principales a la luz de su ubicación en la estructura productiva. Podrían ser:

a) una parte, probablemente minoritaria, de los obreros del »sector moderno«[7] del sistema económico, esto es, de las grandes empresas públicas y privadas (a menudo extranjeras), de productividad relativamente elevada, por lo general monopolistas y sin competencia efectiva;

b) los obreros y parte de los empleados de los sectores »intermedio« y »primitivo«, esto es, de actividades subcapitalizadas, en declinación, más atomizadas y con posiciones precarias en el mercado;

c) los empleados del área más rezagada y débil del sector servicios (comerciales y personales) y de las pequeñas empresas en general;

d) los campesinos, en general, aunque su situación relativa probablemente se ha modificado y diferenciado de manera sensible en los últimos años;

e) la masa »marginada« de las periferias urbanas, cuyo crecimiento ha sido el fenómeno más significativo de los últimos decenios, pero que hasta ahora no ha re-

[7] Sobre algunos conceptos, como los de sector moderno, intermedio y primitivo, véase del autor, »Concentración de los frutos del progreso técnico«, en *América Latina. Ensayos de interpretación económica*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile; también, »Diagnósticos, estructura y esquemas de desarrollo en América Latina«.

cibido la atención que merece. En algunos círculos de izquierda a menudo se lo soslaya con frases despectivas sobre »callampilandia« o el »lumpen«.

No parece aventurado suponer que aquel 32% que constituye la »base de la pirámide« o el »círculo exterior« se recluta básicamente en los tres últimos ítem de la clasificación anterior.

ALGUNAS IMPLICACIONES DE ESA ESTRUCTURA

Cualquiera que sea la perspectiva que se emplee para examinar esa estructura desglosada, no cabe duda que ella nos ayuda, como primera aproximación, a discernir quiénes están »fuera« o »dentro« del sistema vigente y, por derivación, quiénes están *potencial o actualmente* »contra« el *statu quo*.

Desde luego, el primer 15%, compuesto por el »propietariado« y sus »adherencias«, no sólo está »dentro« sino que forma el corazón económico del régimen.

El siguiente 15%, formado por la »media clase media«, parece estar, tanto por niveles relativos de ingreso como por modalidades de vida y aspiraciones fundadas de ascenso, más cerca del núcleo central plutocrático que del resto y del 50% más bajo, sobre todo, de éste.

La »pequeña clase media« (alrededor del 20%) probablemente es la principal agrupación »fluctuante«, que tanto puede solidarizar con los estratos superiores como con la mitad inferior de la pirámide. Sus deslizamientos en uno u otro sentido dependerán de muchos factores, pero es razonable pensar que se destaca entre ellos la cadencia del desarrollo económico y, por ende, de las oportunidades de »subir« o el peligro o realidad de »bajar«.

Por situación objetiva, dada primordialmente por los niveles de ingreso, el universo del 50% inferior está

»fuera« del sistema. Sin embargo, esta hipótesis general exige ciertas calificaciones, que se fundamentan en la descomposición de ese estrato, que se intentó con anterioridad.

La primera se refiere a la situación y posiciones de los trabajadores del que llamamos »sector moderno«[8]. En el enfoque tradicional, este segmento debía constituir, casi por definición, la »vanguardia« de la lucha social y económica. En los hechos, sin embargo, la acción de ese grupo se ha »desdoblado« manifiestamente. Mientras en el plano »economístico« muestra gran combatividad y disciplina, lo cual le ha permitido mejorar su posición absoluta y relativa, no ocurre lo mismo en el nivel político e ideológico. Podrá estar, y no siempre, con los partidos de izquierda en el acontecer diario y en las elecciones, pero sería bien ilusorio identificar esta postura con una voluntad y conciencia de cambios sustanciales en el sistema vigente, por ejemplo en el sentido de una transformación de tipo socialista. Y hay más, ahora en el plano de la sicología social: como lo sugirió la interesante encuesta de Touraine y Godoy sobre los obreros del carbón y de Huachipato, hay sectores que se »sienten« de la »clase media« y no del proletariado, como ocurría con parte significativa de los trabajadores del acero en contraposición con los del carbón.

Que no se extraiga de lo dicho otra deducción que la que nos interesa, esto es, que la repetición de las viejas afirmaciones no se compadece con la realidad nueva y compleja que plantean esos grupos en los países subdesarrollados. El crecimiento desigual de sectores y empresas y la correspondiente heterogeneidad estructural de los sistemas productivos implican factores ob-

[8] De acuerdo a algunas estimaciones de la CEPAL, este sector absorbería alrededor del 20% de la ocupación, pero allí se generaría el 53% del producto interno.

jetivos que, por lo menos, mellan la solidaridad del mundo obrero y obligan a reestudiar el problema de las »vanguardias«. Responder a estas interrogaciones con los clisés convencionales es aferrarse a la política del avestruz.

La situación de los otros grupos del universo popular es más nítida: están inequívocamente »fuera« y tienen posibilidades muy reducidas de cautelar y promover sus intereses por medio de la organización sindical. A este respecto, sí es probable que se haya producido una mutación muy significativa en lo que se refiere a los trabajadores agrícolas.

No obstante lo dicho, con respecto a ellos debe considerarse de nuevo la diferencia entre estar »fuera« y estar »en contra«, sobre todo si se da a lo último una connotación que implique la conciencia del antagonismo latente y de alguna alternativa de reemplazo. Aquí también pueden encontrarse circunstancias paradójicas, como es el caso de amplios sectores »marginales«, situados en la extrema periferia del sistema, pero que, sin embargo, han sido fácilmente manipulados o se han comprometido con esquemas »populistas« de diferente sello, pero que tienen como notas comunes el hecho que no alteran las circunstancias de fondo que los mantienen en aquella posición.

ALGUNAS PROYECCIONES POLITICAS

Los datos y nexos de la realidad económica y de la estructura social conforman el sustrato, la materia prima de la acción y el aparato político. Interesa por ello vincular los análisis anteriores con características y posiciones de las principales fuerzas políticas.

A primera vista las cosas parecen de una obvia trasparencia. El partido de derecha representa a la plutocracia; los de centro, a la clase media; y los de izquierda,

a la masa popular. Pero si afinamos el lente no será difícil encontrar aspectos que llaman a la reflexión.

Comencemos por la derecha. En Chile, como en otros países latinoamericanos de similar modalidad de desarrollo, la diversificación social y económica de las últimas décadas ha abierto una grieta entre la »derecha política« y la »derecha real« o »económica«. Esta última puede confundirse con la primera en los momentos electorales y de conflicto, pero en el quehacer diario hay brechas significativas, que redundan en una cierta »irrepresentatividad« de la agrupación política. Un signo muy claro de lo dicho está en los certificados prematuros de defunción que se le han extendido a la derecha »oficial«, olvidando que los percances electorales no cancelan la existencia »real« de la plutocracia, que, lejos de debilitarse, puede robustecerse si otras condiciones le son propicias. En verdad, es probable que la »derecha real« se haya ampliado y robustecido con la entrada de otros miembros, no oligárquicos, adscritos a la capa superior de la »clase media«, sin contar por cierto la »clientela movilizable«, el respaldo uniformado y el apoyo desde el exterior.

Vamos ahora hacia el centro y comencemos por el viejo Partido Radical. Como ya se vio, esta agrupación nació con una »personalidad dividida« y esa característica no lo ha abandonado y quizás se haya reforzado con las transformaciones de los últimos decenios. La raíz objetiva de la »política del péndulo« reside precisamente allí: como depende de las circunstancias transitorias, *el partido puede presentar su rostro conservador o su cara populista sin traicionar sustancialmente su personalidad.* Pero hay un aspecto meridiano en esta situación: sin excepciones, en los momentos decisivos, han sido los sectores más comprometidos con el *statu quo* los que han manejado las riendas del partido.

Esta realidad, evidentemente, ha cambiado con la

virtual división del radicalismo en 1969, que marginó a su ala derecha. Sin embargo, sería difícil suponer que está consumado el proceso de decantación, aparte de que seguiría en pie el de la composición social e intereses de la mayoría »progresista«, reclutada en lo principal en la »media clase media« y en la »baja clase media«.

LA DEMOCRACIA CRISTIANA

Intoxicados por las metáforas sobre la »nueva cara« de la derecha o del imperialismo, o empeñados en subrayar su estirpe católica, la mayor parte de los análisis desde la izquierda se ha resistido a descubrir y sistematizar lo que tiene de nuevo y de contradictorio el movimiento (más que el partido) democratacristiano.

Como en el caso del radicalismo, también podría hablarse a su respecto de una »personalidad dividida«, pero este fenómeno tiene un carácter bastante distinto en el caso del PDC.

Resulta claro que el núcleo del Partido, originalmente y en la actualidad, está afincado en la zona intermedia de la estructura social; con una dirigencia que, en general, oscila entre la media y la alta clase media y una militancia (no masa de respaldo) que se ubica en la baja clase media y en los estratos superiores de la mitad popular de la pirámide.

Sin embargo, en comparación con el radicalismo, sobresalen algunas diferencias importantes. Por una parte, que aquel núcleo de clase media y alta es de formación mucho más reciente y, en lo principal, germinó fuera del paraguas del Estado. No tiene, pues, ese origen y base burocráticos tan típicos en la constitución de los reductos urbanos del radicalismo. Hasta podría aventurarse una paradoja: en gran medida, esa »nueva« clase media democristiana aparece como producto de

las trasformaciones acaecidas en los últimos decenios y en los que tuvo participación significativa el radicalismo. Son los profesionales, técnicos, medianos y pequeños empresarios, empleados calificados, obreros expertos, etcétera, quienes han emergido con la diversificación económica. Y no olvidemos, por cierto, una de las fuentes de esos estratos: la juventud de los planteles universitarios.

Por otro lado, y he aquí el segundo contraste principal, contra todo lo que se diga, el Partido Demócrata Cristiano ha tenido en su origen, y todavía hasta hoy, menos relación »orgánica« con el »propietariado« o la plutocracia que las fracciones conservadoras del radicalismo. Cualquier encuesta en el mundo de las finanzas, de la agricultura, del comercio, de la industria, encontraría un número mucho mayor de radicales que de democristianos. Esto se debe tanto al origen del partido laico como al hecho patente que es más antiguo y ha estado más tiempo en o cerca del poder.

Reducido a sus fuentes propias, el PDC seguramente no habría dejado de ser una agrupación secundaria en la constelación política. Pero en una coyuntura de tremenda significación se »halló« con una »masa en disponibilidad« empujada por la ley hacia el cumplimiento electoral, movilizada por la conmoción del ibañismo y desencantada de los esquemas tradicionales, de derecha, centro o izquierda. Hubo, pues, una especie de »encuentro orbital« en 1964, en el cual esa masa adhirió más a Frei que al Partido Demócrata Cristiano, aunque pasó a constituir la verdadera plataforma de poder de este último.

De allí que, si bien se podría sostener que *como partido* el PDC es más homogéneo que el radicalismo, al considerarlo a la luz del movimiento que lo llevó al poder se revela con toda claridad su heterogeneidad, es-

to es, su personalidad »dividida«[9]. Ella reside, como se comprende, en que agrupó aquel núcleo asentado en la »zona media« de la estructura social con una parte mayoritaria de la »masa periférica«. Y fue la participación de esta última, al igual que en el caso de Ibáñez, la que le permitió al PDC romper (transitoriamente) el »empate político« tradicional y sobrepasar las alianzas también tradicionales.

LA »IZQUIERDA OFICIAL«

Desde el ángulo que se ha elegido, uno de los aspectos más notorios, y podría agregarse casi incomprensibles, es la antigua impotencia de los partidos organizados de izquierda para ampliar radicalmente sus reductos habituales, que sin duda no comprenden a la ancha base de la pirámide social. Desde comienzos de la década del 40, con altibajos, su votación fluctúa alrededor de la cuarta parte del electorado. Sólo en 1964, al calor del »allendismo« y de otros factores, consiguió sobrepasar con amplitud ese nivel, pero sin proyectar ni mantener su impulso en los años posteriores, por lo menos hasta no plantearse otra elección presidencial.

Aunque sería peregrino suponer que existe cualquier contradicción entre las capas que siguen a la izquierda y la mayoría más preterida, es obvio que sobran elementos que han impedido la solidaridad de esos grupos y su reunión bajo el alero de los Partidos Socialista y Comunista.

El argumento habitual de que la masa »marginada« carece de conciencia o educación política es muy débil y no explica nada. Suscita al instante la interrogación

[9] No: consideramos el apoyo circunstancial, pero de gran importancia, de grupos de derecha en encrucijadas electorales, pasadas y quizás futuras.

sobre la responsabilidad de ese hecho y, además, sobre la falta de efectividad de los medios empleados por los partidos de izquierda para entenderse con ella y atraerla, tanto más cuanto que, en principio, debería ser el ámbito más receptivo a toda idea de trasformaciones sustantivas del *statu quo*. Por otro lado, sería injusto a la vez que superficial atribuir el fenómeno a »incapacidad« o deficiencias personales o de grupo de la dirigencia de izquierda.

Hay que buscar, pues, otras hipótesis más plausibles y fructíferas sobre la precaria vinculación entre los partidos populares y la gran masa.

Un aspecto significativo podría ser que esos partidos están asentados de preferencia entre los asalariados del »sector moderno« de la economía.

Esta realidad, importante de por sí, debe aquilatarse en conjunto con la »tradicionalidad« o persistencia de la inflación chilena. El mentado »círculo infernal« no solamente absorbe energías y recursos que podrían haberse dedicado con provecho a otras tareas; también es agente de desunión del universo popular en la medida que abre un margen entre los grupos que pueden seguir el *carrousel* inflacionario y aquellos que, en la periferia, no pueden ni siquiera pensar en participar en la ronda.

Estas circunstancias implican que, de hecho y no por designio, los partidos de izquierda concentren su acción en un área relativamente restringida del universo popular y en torno a una cuestion, la pugna inflacionaria, que más que problema esencial es mecanismo »diversionista« de la estrategia política y económica. Pero hay más: por aquí también se desarrolla esa especie de »desviación« parlamentarista y electoralista que se critica en círculos jacobinos. Como se comprende, es en el nivel del ámbito congresal (y en las elecciones que generan el Poder Legislativo) donde se libran las

principales batallas asociadas con los reajustes y las »conquistas sociales«. Y las propias huelgas, más que confrontaciones de clase entre trabajadores y empresarios, son, por lo general, conflictos que se dan y resuelven a nivel político, ya que las ventajas que se llegan a conseguir habitualmente involucran trasferencias a los precios y rara vez reducción de utilidades patronales. Nótese bien que éste es otro de los efectos claves de una situación inflacionaria. El incesante »pasarse de tonto« diluye las oposiciones de clases e intereses.

Otro aspecto a considerar para una hipótesis sobre el asunto se relaciona con el cuerpo de ideas que maneja la izquierda y con su mayor o menor aptitud para educar, atraer y movilizar a sus reservas potenciales.

En esta materia se perfilan algunas situaciones curiosas y hasta paradójicas. Podría decirse que la izquierda trabaja en dos planos bien diferenciados y lejanos. Por una parte, y por las razones que se dieron más arriba, uno de mínimo contenido ideológico y de indiscutible corte »economístico«. En esto, y para ir al grano, en nada se distingue de, por ejemplo, la CUT. No sería errado sostener que más que »politizar« la CUT, los partidos han terminado absorbidos por las preocupaciones más propias del movimiento sindical[10].

Por otro lado, el énfasis estrictamente ideológico se halla vinculado de preferencia, por no decir exclusivamente, con las cuestiones internacionales, en las que dominan los reflejos de la guerra fría y el antimperialismo o anti-Estados Unidos.

Aunque nadie restaría significación a esos temas, sobra decir que, tanto por su contenido y también por la forma como se plantean, no constituyen los más asequibles y asociados con las inquietudes y problemas de la gran mayoría.

[10] Véase sobre este tema, del autor, *Política y Desarrollo*, Edit. Universitaria, Santiago de Chile.

En cambio, sí llega a resultar paradójica la poca significación que se ha dado a lo que podría llamarse »educación política básica«, incluso, por cierto, la dirigida a una crítica de fondo del sistema capitalista-dependiente y subdesarrollado, y al bosquejo y justificación de una alternativa socialista Ocurre entonces, y por esto, que grandes contingentes populares no saben realmente cuál es el »proyecto« nacional a corto y a largo plazo que representan los partidos de izquierda. Podrán tener conciencia que son organizaciones que apoyan los reajustes de salarios, la extensión de beneficios, o que están contra Estados Unidos, pero eso no es suficiente para una gran masa que se encuentra en un nivel primario de formación política y, sobre todo, sin relación vital con esas cuestiones por su misma condición de »marginados«, absoluta o totalmente.

DERIVACIONES PARA UNA ESTRATEGIA

Retomemos ahora el hilo central de nuestro tema.

Como se ha querido demostrar, parece necesario entrar a exámenes mucho más »desagregados« de la estructura social, o sea, »descomponer« y »recomponer« las categorías o divisiones demasiado globales o que ya tienen poco significado real en las condiciones de este tiempo. Es por demás evidente que esas clasificaciones dependerán de las cuestiones u objetivos que se tengan en vista. La lucha contra una dictadura o contra una invasión extranjera, por ejemplo, involucra ordenaciones sociales muy diferentes que si la tarea en un período o momento es el desplazamiento o sustitución de unos grupos o clases dominantes por otros.

Para seguir el análisis vamos a suponer que se dirimen dos alternativas.

Una de ellas implicaría la prosecución del esquema de desarrollo que ha prevalecido en Chile y en casi toda

América Latina en las últimas décadas, o sea un »estilo« que busca repetir los módulos de consumo de las economías »centrales« (y no, tómese nota, la evolución histórica de esos países), en la esperanza de que, a plazo indefinido, aquellos bienes que hoy son privilegio de una minoría puedan llegar también a la masa. Para esta visión, el aspecto primordial es cómo acelerar el proceso (o si se quiere, el desarrollo, entendido en los términos señalados) y en este sentido se tiene que atribuir obligadamente un papel básico a las inversiones extranjeras, o sea que, en esta perspectiva, una dependencia creciente sería condición esencial para que la concentración del ingreso y del consumo abriera paso a un compartimiento colectivo[11].

La otra alternativa se levantaría sobre una crítica fundamental de ese »estilo« de desarrollo, reafirmando la hipótesis sobre su inevitable efecto concentrador-marginalizante, la cual, puesta en otros términos, implicaría lo siguiente: que, en tanto la asignación de recursos sea afectada y determinada por los requerimientos cada vez más costosos (producción de bienes duraderos »pesados«, metropolitización, etc.) del consumo »opulento« de la minoría, será imposible resolver los problemas básicos de la mayoría. Los gastos e inversiones sociales podrían, en el mejor de los casos, paliar esos problemas, pero no llegarían a su raíz (empleo, acumulación y difusión del progreso técnico, etc.).

De este modo, la segunda alternativa implica antes que nada una transformación del patrón de desarrollo, cuyo sentido u objetivo central residiría en el mejoramiento sustancial de las condiciones de vida de la gran mayoría, cosa que significaría sacrificios absolutos

[11] Para una discusión de los aspectos económicos del asunto, véase otra vez, del autor, *Diagnósticos, estructura...*, *ob. cit.* También el trabajo pionero de Oscar Varsavsky y el equipo del CENDES, de Venezuela, sobre »Estilos de desarrollo«, en *El Trimestre Económico*, N° 144.

o relativos por parte del resto. Como se comprende, y por lo dicho antes, ese »mejoramiento sustancial« no puede encontrarse por la sola o principal ejecución de expedientes »populistas« o »redistributivistas« que, cuando mucho, podrían ser elementos de refuerzo de la orientación general y siempre que se aplicaran criterios muy selectivos. La transformación perseguida envolvería sobre todo una drástica reasignacion e incremento de los excedentes invertibles, una solución o alivio radical del problema de la ocupación y cambios notorios en todas las condiciones originales o estructurales de la distribución del ingreso.

Fácil es apreciar que en uno y otro caso son bien distintas las acomodaciones de los grupos sociales y las fuerzas políticas, como también lo son las proyecciones externas.

Para comenzar, podría decirse que respecto a la primera alternativa hay dos »modelos de realización«: uno, relativamente democrático, a la manera chilena del último período; otro, relativa o absolutamente dictatorial, a la brasileña o argentina. En ambos, como lo han mostrado los hechos, una »dependencia creciente« es requisito *sine qua non,* por el papel de la inversión extranjera en las actividades que trabajan directa o indirectamente para el mercado interno de consumos conspicuos. Por otro lado, en tanto en un caso (y toda vez que las circunstancias exteriores fuesen favorables) los efectos »concentradores« serían en alguna medida contrapesados por los desembolsos sociales, en el otro, las condiciones de la mayoría preterida serían mantenidas por arreglos más o menos represivos. Una interrogación pertinente sobre la materia sería: ¿hasta qué punto o plazo la primera modalidad no tendería o podría evolucionar hacia la segunda dados los términos básicos de referencia?

Pero no es la discusión sobre esa alternativa la que

más nos interesa sino la que se abre al suponer la segunda posibilidad. En suma, es preciso examinar a la luz de la estructura sociopolítica cuáles serían las diferentes combinaciones de sus piezas que podrían acarrear una mutación sustancial del patrón de desarrollo.

En este respecto podría pensarse que el problema no es tan complejo ya que (dejando de lado ciertas características nacionales importantes), en el fondo se trataría de »separar« o aislar aquellos grupos sociales identificados con ciertas modalidades de consumos secundarios o »prematuros« y reunir o movilizar al »resto« mayoritario.

Pero un razonamiento de este tipo (aunque sobrepasara el solo aislamiento de la »oligarquía proimperialista«) no pasaría de ser una «ilusión numérica«. En pocas palabras, son mucho más que el 5 ó el 15% de la población los »comprometidos« con la realidad o ficciones de estas caricaturas de la seudosociedad opulenta. Esta realidad es por demás patente en las economías industrializadas, donde altos niveles de ingreso medio efectivamente colocan a parte considerable de los habitantes dentro o en el umbral de los »nuevos« consumos, aunque ello, como se sabe, implique costos sociales que sólo ahora comienzan a evaluarse (congestión urbana, contaminación ambiental, bolsones recalcitrantes de pobreza, deterioro de los servicios públicos y de la »calidad de la vida«, etc.).

El fenómeno se repite en nuestras sociedades subdesarrolladas, con facetas que envuelven, a la vez, un mayor divorcio entre aspiraciones y acceso efectivo, y mayor incompatibilidad entre la satisfacción »selectiva« y el alivio de los grandes problemas de la mayoría. Naturalmente, la extensión y »hondura« de aquel »compromiso« es mucho menor que en las economías industrializadas, por la simple razón que la proporción de los absolutamente »marginados« es muchísimo mayor, pero

queda en pie la complejidad de los problemas que plantea esa permeabilidad de los grupos a los cantos de sirena del consumo opulento.

Antes de seguir adelante conviene tener en cuenta que, tanto en nuestro tipo de países como en los desarrollados, valen muy poco frente a esa realidad las admoniciones y condenas a propósito de los males y pecados de la »sociedad de consumo«. Como se hacía presente en un ensayo sobre el asunto[12], resulta difícil y hasta peregrino argumentar con quienes han estado por vida y generaciones al margen de ciertos bienes y servicios que ahora, cuando éstos parecen hallarse al alcance de sus medios (o de sus deudas), deben renunciar a la eventual satisfacción. Por desgracia, tampoco es fácil demostrar que esa aspiración o ilusión entraña la ya reiterada incompatibilidad con la solución de los problemas generales y básicos, que es el aspecto esencial del asunto y el que debería servir para esclarecerlo y para ir decantando las fuerzas que podrían o deberían apoyar la segunda alternativa descrita, o alguna otra dentro de esa orientación.

En relación a la estrategia social y política que plantea esa última cuestión, es indispensable llamar la atención sobre un aspecto clave que parece repetirse tanto en los países industrializados como en los nuestros. Nos referimos al hecho bien conocido y discutido de que las »clásicas« vanguardias del mundo obrero no parecen dispuestas hoy día a jugar los papeles histórico-teóricos que se les asignaban en tiempos pasados y, en cambio, se circunscriben a un »economicismo« sin mayor potencial de conflicto radical. Ello se debe, en último término, a que el sistema capitalista ha estado en situación de satisfacer en algún grado sus reclamaciones, gracias al adelanto tecnológico en las economías indus-

[12] *Marxismo y Humanismo*, Siglo XXI, México.

trializadas y, en lo principal, gracias a la »marginalización« masiva en los subdesarrollados (aunque aquí se disciernan diferencias significativas entre casos como el de Argentina y el de Brasil, por ejemplo).

Lo anterior, sin embargo, no desmiente el hecho estructural, particularmente notorio en las sociedades latinoamericanas, que aquellas vanguardias »clásicas« (el proletariado organizado) son habitualmente las únicas que podrían poner en jaque al *establishment* dominante y, asimismo, servir de punto central de apoyo a algún régimen capaz de promover un »estilo« o modelo sustancialmente diferente de desarrollo. En síntesis, parecería que quienes tienen mayor posibilidad de »contestar« o desafiar al *statu quo* desde fuera de sus centros de mando, son los mismos que tienen mayores oportunidades de integrarse o participar (relativamente) en él.

Bien se sabe que esta contradicción o paradoja ha sido causa de activo debate en el movimiento de izquierda en el último tiempo, aquí y en todas partes, pudiéndose distinguir dos posiciones sobresalientes que sirven de ejes. Una que se mantiene dentro de la concepción ortodoja y que supone, en esencia, que, por la acción »economística« y la politización de la misma, es posible que la clase obrera organizada juegue el papel básico en el origen y en la culminación de un proceso revolucionario. Mirado el asunto desde otro ángulo, ello supondría que ese núcleo atraería y movilizaría a su alrededor a otras capas y fuerzas contrarias al orden constituido, conduciéndolas hacia una meta socialista. La otra, en cambio, sin negar el papel »a mediano plazo« de la clase obrera, sostiene que, por lo menos, el origen y »precipitación« del proceso provendrá de otras fuentes que están claramente fuera del sistema y en creciente o potencial antagonismo con él, como serían los reductos campesinos, movimientos estudiantiles, mar-

ginados urbanos, centros de intelectuales revolucionarios, etcétera.

No es la oportunidad para entrar en esta discusión, difícil, por lo demás, de dilucidar en abstracto y sin tener en cuenta tareas, situaciones y coyunturas más o menos específicas. Lo que sí interesa poner en evidencia es la necesidad de análisis rigurosos de las composiciones de fuerzas y de las tácticas y estrategias que requieren su movilización según sea la imagen de sociedad que se rechaza y de la que se tiene en vista como alternativa. Para estos efectos parece evidente que se debe ir mucho más allá de los »cortes« o divisiones tradicionales, teniendo en cuenta sobre todo los profundos cambios introducidos en el asunto por la infiltración »fuera de contexto«, pero no por eso inofensiva o superficial, de las nuevas formas que ha adoptado el viejo »efecto demostración«.